

“LA VIDA EXAGERADA DE MARTIN ROMAÑA” O “LA AVENTURA DE LA ESCRITURA” (Diálogo y Autorreflexividad de un texto poético)

Sergio Saldaes Báez

Novela Hispanoamericana Contemporánea

Seminario

UNIVERSIDAD DE CHILE

DE LOS PROPOSITOS

De la novela de Alfredo Bryce Echenique “Un mundo para Julius” se ha dicho que su estilo aparece marcado por un carácter de *oralidad*, es decir, pareciera que debe ser leída en voz alta, como quien está contando algo a alguien en una situación de comunicación concreta y efectiva. Esto ha sido confirmado por el mismo Bryce, según lo indica Wolfgang Luchting¹. Así, el texto de “Un mundo...” sería “un diálogo que se ha convertido en monólogo”².

Lo dicho es válido también, pensamos, para la novela que nos ocupa, “La vida exagerada de Martín Romaña”³; sin embargo en este caso no sólo se trata de un discurso que podría estarse enunciando oralmente, sino que es un texto que se va *escribiendo* a medida que se va pensando, y todo esto siguiendo la corriente de la memoria de aquel que escribe: Martín Romaña. Aún es posible hacer otra precisión respecto de lo indicado acerca de “Un mundo...”: si en ésta estábamos frente a un monólogo que parecía ser diálogo, en “La vida...” nos enfrentamos a una serie de instancias dialógicas contenidas efectivamente en el discurso.

Este último punto constituye en verdad nuestra primera hipótesis de trabajo, la que, de ser confirmada, nos permitirá, esperamos, confirmar aquella que nos hemos planteado como hipótesis principal. Dejemos entonces formulada la primera hipótesis: *Existen en “La vida...” (una serie de) instancias dialógicas distribuidas en el texto tanto a nivel del contenido como a nivel de la expresión.*

Ahora bien, pensamos que “La vida...” se presenta fundamentalmente como una “aventura de escritura”. Esto aparece claramente expresado en el texto por medio de los consejos que recibe Martín Romaña del mago Charamama: “...sobre todo no permanecer sin escribir, la cosa está en escribir y en escribirlo...” (17). El escribir aparece como un “esforzado ejercicio de interpretación, entendimiento y cariño

¹Wolfgang A. Luchting, “Alfredo Bryce/Humores y Malhumores”, Lima, Milla Batres, 1975, p. 17.

²id.

³Alfredo Bryce Echenique, “La vida exagerada de Martín Romaña”, Barcelona, Argos Vergara, 1981. Citaremos según esta edición, indicando en paréntesis la página correspondiente. Los subrayados serán nuestros.

multidireccional, del tipo 'a ver qué ha pasado aquí'" (13), como una forma de "llegar a saber, o por lo menos tratar de" (536); sin embargo, por sobre estas funciones, el acto de la escritura (en sí) parece ser lo que motiva a Martín Romaña para llenar su cuaderno azul, las palabras del mago Charamama (una voz interior, tal vez⁴) creemos que lo confirman. La vocación de Romaña es la de ser escritor, sólo busca escribir su primera novela al escribir su cuaderno: "Y todo, todo, sólo para caer, por fin, un día, en la enorme melancolía que me arrojó sobre lo que es y lo que no es esto, para que por fin empezara a parecerse, a ser, quiero creer que ya es, que hace tantas páginas y horas de trabajo que ya es mi primera novela, bastante tardía, tal vez, pero qué importa: *lo es por lo inaceptable, por lo irreal y por lo insoportable que de golpe me resultó cualquier acto que no fuese el de escribir estas páginas (...)* es simplemente mi primer libro, aquél que años atrás vine a escribir a París..." (421). Esta larga cita, y especialmente lo subrayado, nos confirman, al menos así nos parece, que lo que importa en "La vida...", aparte de contar determinada historia(s), es también el acto de escribir.

Considerando los argumentos presentados, nos atrevemos a señalar que esta novela *privilegia la escritura a tal punto que el texto se torna autorreflexivo*. Es ésta la hipótesis que consideramos central para este trabajo. La comprobación de la primera hipótesis debiera permitirnos comprobar esta segunda; si esto se cumple nos habremos acercado al sentido de la novela.

1. INSTANCIAS DIALOGICAS CONFIGURADAS EN EL TEXTO DE "LA VIDA EXAGERADA DE MARTIN ROMAÑA"

Distinguimos entre situaciones dialógicas producidas a nivel del contenido y a nivel de la expresión. Debemos aclarar a qué nos estamos refiriendo, en cada caso, al plantear esta distinción.

Son instancias dialógicas producidas a nivel del contenido aquellas que surgen desde un hablante a un oyente (o un emisor y un receptor), siendo ambos personajes de la historia. En cambio, son situaciones dialógicas surgidas en el medio de expresión aquellas generadas entre elementos constituyentes del enunciado en cuanto texto, entendido éste como una configuración verbal que posee función comunicativa⁵.

Distinguimos entonces, a nivel del contenido, un emisor identificado como Martín Romaña, mientras a nivel de la expresión este mismo Martín Romaña aparece definido como "configuración del lenguaje que cumple la función de emisor".

⁴La presencia del mago Charamama puede ser también una manifestación de la figura mítica del "chamán", curandero de almas y visionario; véase Mircea Eliade, "Mitos, sueños y misterios", Buenos Aires, Compañía General Fabril, 1961, p. 77.

⁵Abordamos la obra considerándola como hermeneuma; así "La vida..." se entiende como generada por un autor que es el Martín Romaña que divide el texto en sus cuatro partes ("Punto de partida del cuaderno de navegación en un sillón Voltaire" (incluido el epígrafe de César Vallejo), "Octavia me escuchaba atentamente", "Octavia me escuchaba atentamente-2" y "Epílogo") y que aparece claramente en el exordio (13-18) y en la conclusión (629-631). Este autor se convierte en narrador-personaje de su propia historia en la escritura del cuaderno azul, aunque su voz aparece en ciertas instancias que señalaremos oportunamente. (El autor empírico, Bryce, aparece en la dedicatoria y en los epígrafes de Iris Murdoch y Sor Juana Inés de la Cruz).

1.1 INSTANCIAS DIALÓGICAS EN EL NIVEL DEL CONTENIDO

a) *Diálogo de Martín Romaña con los lectores*

Las primeras palabras de la novela ya indican que nos encontramos ante una situación dialógica. Martín Romaña se presenta a sus lectores y expone las motivaciones y los tópicos de su escritura.

El discurso escrito de Romaña parece conversación oral, abundan los verbos que J.L. Austin ha calificado como *expositivos*, estos verbos "...Ponen de manifiesto el modo cómo nuestras expresiones encajan en un argumento o conversación, cómo estamos usando palabras. En general, son recursos que utiliza un expositor"⁶ y agrega Austin: "Los expositivos se usan en los actos de exposición que suponen expresar opiniones, conducir debates, y clarificar usos y referencias"⁷. Expresiones como "Cabe advertir..." (13), "En realidad, de quien hablaré mucho..." (13), "Volviendo ahora a la crisis positiva en que 'entré', es preciso decir que..." (14), "Por ahora, me interesa más señalar..." (28), son ejemplos de expositivos y abundan a lo largo del texto de "La vida...", éstos, junto a expresiones que cumplen una función fáctica (en términos de Jakobson), tales como "Ustedes se preguntarán... Es que ustedes no saben..." (562), "Habrán notado ustedes..." (582), "A ustedes les consta" (583), indican claramente que Martín Romaña escribe *para* lectores que parecieran estar conversando con él, o al menos escuchándolo (leyéndolo) atentamente; en este sentido, considero a "los lectores" como una especial clase de personajes de la historia: el autor-narrador crea a sus lectores (o interlocutores) para poder contar efectivamente su historia. Recordemos que Martín Romaña desea escribir una novela, y ésta ha sido definida por Bryce como "...el arte de contar, el arte de contar una cosa tal y cual se vivió, tal y cual se sufrió y "experimentó"⁸; siempre que se cuenta algo se lo cuenta a alguien, por tanto, de una u otra forma los lectores deben estar "presentes" en la realidad del Martín Romaña narrador. Se establece entonces un diálogo entre Romaña y sus lectores, aunque sólo escuchamos la voz del autor-narrador. El contenido de su enunciación es la historia que narra.

Sin embargo, si tenemos en cuenta que nuestro objetivo final es acercarnos al sentido del texto, debemos detenernos en la carga ilocutiva que posee la enunciación de Romaña.

El acto ilocucionario, según lo define Van Dijk, surge de los propósitos que persigue el hablante, éste "...quiere que su expresión tenga consecuencias específicas. Estas consecuencias, en primer lugar, se refieren a modificaciones específicas en el oyente, más concretamente, modificados del conjunto del conocimiento del oyente..."⁹. Ahora bien, para determinar la carga ilocutiva del enunciado de Martín Romaña teniendo como interlocutores a los lectores, debemos considerar este enunciado como un macro-acto de habla¹⁰, esto implica que debemos buscar la intención que engloba a todos los actos de habla realizados por Romaña en esta instancia dialógica. Pensamos que tal intención ilocucionaria aparece explicitada en

⁶John L. Austin, "Cómo hacer cosas con palabras", Buenos Aires, Paidós, 1982 p. 199.

⁷ib., p. 209.

⁸En W. Luchting, op. cit., p. 119.

⁹Teun A. Van Dijk, "Texto y contexto", Madrid, Cátedra, 1980, p. 281.

¹⁰Véase Van Dijk, op. cit., pp. 332-339.

los enunciados siguientes (en cada caso hemos subrayado el indicador de fuerza ilocucionaria correspondiente¹¹):

“...faltaba mucho para que yo aprendiera tantas cosas de la vida, y además aquella carta de mi padre me había hecho sentirme responsable y maduro, a pesar de que las miradas de sonriente ternura con que Inés se preocupaba por mí, me demostraron que debía seguir bajo su absoluta protección. *Ese estado me encantaba, lo confieso*. Era maravilloso vivir sabiéndose mirado tan tiernamente por Inés...

...todo parecía indicar que estaba a la altura de un matrimonio con Inés. Pero hubo que esperar. Claro, *todos pensarán que yo con mis locuras fui el causante de tanta espera*. Yo mismo lo creía”.

(91)

“...*No quisiera que tomaran esto a cobardía de mi parte*. No sé cómo explicarlo, pero el principio que rige mi conducta sería más o menos el siguiente: cuando lloran los valientes, yo me voy echando atrás en edad, para que se sigan sintiendo valientes”.

(158)

“Claro, y ahora que me toca escribir lo que sigue, quién sabe por dónde andarás, Octavia adorada. ¡Por qué demonios no estás ahora aquí *para defenderme!*, para gritar ¡no, no y no!, cuando digan eso sí que fue ya cobardía de tu parte, Martín Romaña, ¡por qué mierda no estás aquí ahora para *explicarles*, (...) que estaba muy enfermo (...) *voy a defenderme solo...*!”

(488)

“*Perdóneseme el ¡oh abandonado! conmisericordioso*, pero la verdad es que de vez en cuando *hay que hacerse un poco de justicia distributiva*. Si supieran ustedes lo mucho que sufrí yo en esos días, lo mucho que temí estarme convirtiendo en el loco del jardín lateral”.

(586)

Estos enunciados, seleccionados entre otros de similar carácter, presentan una carga ilocucionaria que podemos definir como “justificación o defensa ante el enjuiciamiento de los otros”. Creemos que es ésta la intención que subyace en el macro-acto que constituye todo aquello que Martín Romaña dice a sus lectores¹².

b) *Diálogo de Martín Romaña con Octavia de Cádiz*

Ya en las primeras palabras del discurso de Martín Romaña se evoca la presencia de Octavia de Cádiz: Romaña explica a los lectores que en su cuaderno azul no vendrá al caso hablar de Octavia demasiado, pero sí justificará plenamente la adquisición del cuaderno rojo, comentario que lleva a la primera evocación de Octavia: “Plena-

¹¹“El indicador de fuerza ilocucionaria muestra cómo ha de tomarse la proposición o, dicho de otra manera, qué fuerza ilocucionaria ha de tener la emisión”; John Searle, “Actos de habla”, Madrid, Cátedra, 1980, p. 39. Para mayor precisión remitimos a este texto.

¹²Para el fin de este trabajo nos basta con determinar la carga ilocutiva de esta instancia dialógica. Dejamos para otra ocasión el análisis referido a problemas específicos de contenido, tales como motivación, ideología, simbología, etc., que pueden explicar tal carga ilocutiva.

mente, Octavia" (13). Desde ese momento, aunque no está presente mientras Martín escribe, será "traída a presencia" por medio de evocaciones del autor-narrador, quien manifiesta a los lectores que la historia que está contando es, en gran parte, la escritura de la misma historia contada por él a Octavia de Cádiz años atrás: "...A ella le conté todo, cuando la conocí, finalmente, cuando miope como era detectó desde una prudente distancia los cinco bultitos y empezamos a hablar y a reírnos y yo me enamoré imprudentemente de ella y seguimos hablando de todo y de todo. Y así, esto que ahora escribo, esto y lo que sigue, es algo que estoy repitiendo, recuerdos que le fui contando a ella, siempre tan atenta a mis palabras". (451-452); este planteamiento es reforzado por los títulos de las partes segunda y tercera de la novela: "Octavia me escuchaba atentamente", y por los de los dos primeros apartados de la segunda parte: "Había deseado tanto ese matrimonio, Octavia" y "Exagerando un poquito se podría decir que el día de la boda duró hasta el día en que se rompió el matrimonio" (que completa el comentario del título anterior, dirigido a Octavia). Es más, incluso la historia aparece corregida o alterada por lo que Octavia le agregó al serle contada; tal es el caso de la visita realizada por Martín e Inés a Cabreada: "Sí, es preferible así. Es preferible para todos que yo cuente esta visita hoy, bien sentadito aquí en mi Voltaire, y con toda la sal y pimienta que Octavia le agregó, sentada a mi lado, sobre una vieja alfombra..." (467). Se genera así un diálogo entre Martín Romaña que escribe (y recuerda) y Octavia de Cádiz, evocada.

Dos cargas ilocucionarias es posible determinar en esta instancia dialógica.

Referido al presente de la enunciación este macro-acto se configura como "llamado", "reclamo de presencia": "Me alegraré con lo alegre y me entristeceré con lo triste, desde luego, pero al derrumbado del sillón Voltaire todo le llega ya descafeinado. Menos tú, Octavia, claro. Aunque, lo malo, lo peor, y lo pésimo es que *tú ni siquiera llegas, Cafeínita pura*". (198)

"Claro, y ahora que me toca escribir lo que sigue, quién sabe por dónde andarás, Octavia adorada. *¡Por qué demonios no estás ahora aquí para defenderme!...*" (488).

Considerando la narración realizada a Octavia, este acto de narrar adquiere el carácter de "testimonio", connotado por una intención similar a la de la instancia dialógica Martín Romaña-lectores, vale decir "justificación", lo que de alguna manera convierte esta narración testimonial en una "confesión".

c) *Diálogo de Martín Romaña con Enrique Alvarez de Manzaneda*

No es sólo Octavia la que es evocada por Martín Romaña mientras escribe, sino también su difunto amigo Enrique Alvarez de Manzaneda, dando lugar a otra instancia dialógica.

Ilocucionariamente este especial diálogo aparece marcado claramente como acto de "pedir perdón", "disculpase":

"...Inolvidablemente Enrique Alvarez de Manzaneda, cuánto te quise, y qué líos los que me trajiste con medio mundo. Y sin embargo, Enrique, me pasaré la vida *pidiéndote perdón* por algo que nunca te hice, por algo que nunca te quise hacer, en cualquier caso. Y después, haber llegado tarde a tu muerte..."

(119)

“...Inolvidablemente Enrique Alvarez de Manzaneda. No, en el fondo, nunca dudé de ti. *Nunca te defendí como era debido*, es cierto...”

(149)

d) *Diálogo de Martín Romaña-narrador consigo mismo*

Como apuntamos cuando determinábamos los propósitos de este trabajo, Martín Romaña escribe siguiendo casi fielmente los dictados de la memoria, por lo mismo el discurso se torna recurrente y a veces se rompe la causalidad lógica en la presentación de los hechos. Acerca del estilo de “Un mundo para Julius” Wolfgang Luchting ha dicho: “...una cosa evoca otra en la mente del autor, y esta nueva cosa le recuerda otra más y así por el estilo”¹³; esto es válido para “La vida...”.

La corriente de la memoria operando sobre el acto de escribir no hace sino esforzar el carácter oral del discurso de Romaña. Sin embargo éste desea *escribir una novela* y en determinados momentos se somete a un auto-control con el fin de dar coherencia a su narración.

Esta intención de control sobre el texto que va surgiendo, da origen a una instancia dialógica que se cumple en la figura única de Martín Romaña narrador y que la constituyen aquellos comentarios, consejos o exhortaciones que éste emite a un receptor que es él mismo.

Esta instancia dialógica de control textual, en rigor, no alcanza a constituir un macro-acto de habla, sino más bien surge de actos independientes motivados por el estado del texto en determinado momento.

Las siguientes son algunas muestras de este tipo de expresiones dialógicas:

“Y aquí realmente vale la pena abrir un paréntesis”.

(259)

“Pero vamos por orden, y empecemos por aquella mañana en que yo andaba dándole y dándole a la novela...”.

(315)

“Bueno bueno, pero un poco más de cronología, Martín Romaña, no andes dando tanto brinco tempo-espacial en tu Voltaire...”.

(425)

e) *Diálogo de Martín Romaña-autor con Martín Romaña-narrador-personaje de su historia*

Si bien el cuaderno azul aparece narrado por Martín Romaña, llega a las manos del lector en virtud de la acción del Martín Romaña que hemos identificado como autor¹⁴.

La voz de este autor aparece claramente en el exordio y en la conclusión de la novela, ambos escritos con posterioridad al cuaderno azul. Sin embargo también es posible identificarla durante la narración de la historia: con la carga ilocucionaria de

¹³op. cit., p. 28.

¹⁴Véase nota 5.

“exhortación” recuerda al Martín Romaña narrador-personaje algunos aspectos de su historia, para que dé cuenta de la verdad de lo acontecido:

“...Mientes, Martín Romaña: aquel cuento fue lo único que escribiste después de la enorme novela sobre los sindicatos pesqueros (...) *Recuerda bien y anota la verdad*. Aquella porquería de novela te convenció de que te habías traicionado, de que ya no podías escribir, de que un hombre que se traiciona a sí mismo ya no se vuelve a encontrar. *Anota también* que guardaste la novela y que aún la conservas...”.

(186)

“Vida exagerada, Martín Romaña, pero Inés aún no se te había ido del todo, y *recuerda ahora escribiendo* cómo entonces soñabas, soñabas con tener cara de slogan, caminada de blue jean...”.

(315)

Estas son las instancias dialógicas que reconocemos en el nivel del contenido de “La vida...”.

Sin embargo, en algunas porciones del texto encontramos aisladamente expresiones que pueden ser calificadas como dialógicas, pero que no se desarrollan al punto de alcanzar un nivel de relevancia que las haga pertinentes para el análisis que estamos realizando. Tal es el caso de los “diálogos” “Martín Romaña-cuaderno azul” (p. 300), “Martín Romaña-Sandra” (pp. 370-371) y “Martín Romaña narrador-Martín Romaña personaje” (p. 477).

1.2. INSTANCIAS DIALÓGICAS EN EL NIVEL DE LA EXPRESIÓN

Nos corresponde ahora analizar las instancias dialógicas que se producen en el nivel que hemos denominado “de la expresión”; pero antes debemos precisar algunos aspectos que justifican este análisis.

A nivel de la historia se nos presenta a un Martín Romaña con el “propósito de escribir una novela, acto que lleva a cabo dejándose llevar por la corriente de la memoria; sin embargo, como hemos indicado, existe también en él, la intención de controlar el proceso de la escritura¹⁵, a fin de ceñirse, aunque sea mínimamente, a las reglas del discurso literario. En otras palabras, si bien el acto de escribir se plantea como un ejercicio libre de ataduras formales rígidas, existe por otra parte un plan de escritura que se refiere a aquellos tópicos que Martín Romaña desea contar, se trata de que el discurso resulte “entendible” y dé cuenta de la historia que interesa, pero también se intenta que el discurso aparezca como novela: “...altero, cambio, mantengo, los nombres de los personajes. Y también los suprimo del todo. Creo que me entiendo, pero puedo agregar que *hay un afán inicial de atenerse a las leyes que convienen a la ficción...*” (14).

La cita siguiente muestra claramente que Romaña escribe intentando ceñirse a un plan mínimo de contenido y forma (novelística): “...acabo de darme cuenta de que voy a tener que correr, incluso, para llegar con Inés al aeropuerto y la escena todo-lo-contrario-de-un-final-feliz que le tengo prometida (...) al pobre lector. *Luego añadiré unas cositas más, un epílogo, por ejemplo, para atar algunos cabos, descansar-*

¹⁵Remítase a l.l. d.

ré un tiempo porque empiezo a sentir ya los primeros efectos de un *largo y minucioso trabajo literario...* (536).

Sin embargo, el texto parece escapársele al autor-narrador, adquiriendo existencia independiente. "...para mí la escritura trae escritura. Cuando yo escribo las palabras, me hacen escribir nuevas palabras"¹⁶, ha dicho Bryce; no es sólo el fluir de la memoria el que "traiciona" a Romaña, sino también la propia escritura: "...Se entrega uno de lleno al recuerdo de esas épocas, y al mismo tiempo *no logra sacarles una frase que vaya con el orden de los acontecimientos*" (161).

En la primera parte de la novela ("Punto de partida del cuaderno de navegación en un sillón Voltaire") Martín Romaña tiene casi pleno dominio de la escritura, realizando un trenzado coherente con cada apartado o capítulo, cuyos contenidos son anunciados en el que los precede.

En la segunda parte ("Octavia me escuchaba atentamente"), aunque Martín intenta ejercer su dominio sobre el texto, éste ya parece escapársele, lo que se demuestra en lo siguiente: la división en capítulos no aparece ya tan coherente. Por ejemplo: "Bizquerita de Inés y locura de Martín en Cádiz" (p. 188), que debiera ser el cuento escrito por Romaña para Octavia es en verdad un capítulo más (escrito, eso, sí, en tercera persona), prueba de ello es que el final de este supuesto cuento se refiere al transcurso de los acontecimientos en París, posteriores al viaje a Cádiz; el título "Tribulaciones y elegancias de un dandy gravemente enfermo" (p. 244) no marca una división real en capítulos, en lo que se refiere a contenido la narración continúa en este apartado como si se tratase de un simple "punto aparte" en relación al capítulo anterior; el contenido del "Paréntesis" que se inicia en p. 260 se completa en verdad en el apartado siguiente "Algo mucho mejor que Lagrimón".

La tercera parte de la novela ("Octavia me escuchaba atentamente-2") presenta un texto mucho más libre. La escritura se impone por sobre las intenciones de estructuración del autor-narrador, es así como en un número similar de páginas (158) respecto de la primera parte (146), nos encontramos con un número bastante inferior de capítulos (10 frente a 18), es más, sus títulos parecen ser obra del mismo texto más que del autor.

Sin embargo, el "Epílogo" muestra a un Martín Romaña nuevamente dominador del texto.

Paul Ricoeur en "El discurso de la acción" ha planteado lo siguiente: "...el autor ya no está en las consecuencias lejanas como lo está en su gesto inmediato. De alguna forma la acción se separa de su autor como la escritura separa el discurso de la palabra y le da un destino distinto de su autor (...) Es mediante un acto específico como se le asigna al autor una acción que se ha separado de él. El autor es el que tuvo la iniciativa, es decir, el que comenzó"¹⁷ "...llevar a cabo una acción es producir el estado inicial de un sistema, por tanto poner en movimiento un sistema"¹⁸. Es esto lo que sucede en "La vida...", Martín Romaña comienza a escribir, pero luego la escritura se torna en un texto que de alguna forma ya no depende de aquel que lo originó.

Sobre estos planteamientos es que postulamos la existencia de instancias dialógi-

¹⁶En Luchting, op. cit., p. 127.

¹⁷Paul Ricoeur, "El discurso de la acción", Madrid, Cátedra, 1981, p. 62.

¹⁸ib., p. 125.

cas entre elementos constituyentes del texto entendido como configuración de lenguaje¹⁹.

Nos resta precisar un último aspecto:

Según nuestro parecer, las instancias dialógicas presentes a nivel de la expresión se producen *básicamente* en aquellos puntos de encuentro entre el sujeto enunciante (una abstracción del Martín Romaña autor-narrador) y el texto propiamente. Estos puntos se ubican al final y al principio de los apartados²⁰, ya que estas situaciones suponen pausas del fluir de la escritura.

Consideraremos señales del enunciante los primeros enunciados de cada apartado, que significan un origen textual cada vez; desde esta perspectiva los enunciados finales de los apartados los consideramos texto (escritura *ya instaurada* y no *siendo instaurada* como son los primeros enunciados de cada capítulo). Los títulos, contrariamente a lo que indicaría la lógica ordinaria, no los consideramos señales del enunciante, sino elementos propiamente textuales; esperamos demostrar que los títulos (nombres de partes del texto y elementos estructuradores) son generados desde la escritura libre y no necesariamente por el enunciante.

Señalaremos todos los casos en que son perceptibles estas instancias dialógicas, ya que constituirán una prueba, esperamos, de la autorreflexividad del texto de “La vida...”.

a) *Diálogo entre el texto y el enunciante*

Esta instancia dialógica se presenta con la forma siguiente: el texto dice algo a lo que el enunciante responde, siempre con un carácter afirmativo. Los siguientes son los casos que encontramos en “La vida...”:

1. Pág. 129: el texto dice: ¡Felizmente que existe mi techo! (última frase de apartado).
Pág. 130: el enunciante responde: Sí, felizmente existía mi techo, (primera frase de apartado)²¹.
2. Pág. 164: el texto dice: Y era imposible también no contarle a Octavia la historia de aquel matrimonio. (última frase de apartado).
Pág. 167: el enunciante responde: Lo que le conté era ya un recuerdo.
3. Pág. 174: el texto dice: Exagerando un poquito se podría decir que el día de la boda duró hasta el día en que se rompió el matrimonio. (título de apartado).
Pág. 174: el enunciante responde: Y el haber durado así, de esa manera, fue tal vez lo más alegre...
4. Pág. 229: el texto dice: Y mientras transcurría aquel año del crimen. (título de apartado),
el enunciante responde: Muchas cosas ocurrieron a lo largo de aquel año definitivo e imborrable.

¹⁹En lo que sigue, dentro del concepto *texto* distinguimos entre *enunciante* (el sujeto que enuncia) y *texto* (la escritura en sí).

²⁰Aunque teóricamente el punto de encuentro surge entre todos los finales y principios de apartados, sólo se hace evidente en los que señalaremos oportunamente.

²¹Siempre la respuesta del enunciante corresponderá a la primera frase de un apartado, por lo que nos excusamos de señalarlo en los casos que siguen.

5. Pág. 467: el texto dice: El pueblo de Inés, vuelto a visitar, en mi sillón Voltaire (título de apartado),
el enunciante responde: Sí, es preferible así. Es preferible para todos que yo cuente esta visita hoy, bien sentadito en mi Voltaire...
6. Pág. 477: el texto dice: Algún día comprenderás, Martín Romaña (título de apartado),
el enunciante responde: Comprenderás, entre muchas cosas más...
7. Pág. 505: el texto dice: Enormes deseos de vivir (título de apartado),
el enunciante responde: Sí, eran realmente enormes, según el doctor Llobera.
8. Pág. 606: el texto dice: Breve paréntesis sobre las cápsulas del señor Romaña. (título de apartado),
el enunciante responde: Fueron a dar al Sena...

En los casos 1, 3, 5, 6 y 7 la respuesta del enunciante *afirma* efectivamente lo señalado por el texto.

En los casos 2, 4 y 8 lo señalado por el texto *se afirma* por medio del reconocimiento en él del *referente de lo dicho por el enunciante*.

b) *Diálogo entre el texto y el texto*

En esta instancia dialógica el texto se muestra reflexivamente a través de la afirmación que realizan los títulos (ejemplares textuales) de las frases últimas de los apartados (también ejemplares textuales). Esto es lo que hacen los títulos "Una larga sesión de desencanto" (p. 44), "Un camino increíblemente desconocido" (p. 197), "Una vieja malvada, además" (p. 207), "Algo mucho mejor que Lagrimón" (p. 264), "El gran bolondrón" (p. 313), "Enormes deseos de vivir" (p. 505) y "Allá abajo en el Sena" (p. 608), que formalmente son idénticos (reflejos) a los últimos enunciados de los capítulos que los proceden.

El título "Algún día comprenderás, Martín Romaña" (p. 477) es también una afirmación de la última frase del apartado que lo precede: "Martín —dijo—, algún día comprenderás que Inés fue la última muchacha que emigró de Cabreada". (p. 476).

Los títulos "Esa y otras inquisiciones" (p. 482) y "Alguien toca la puerta mientras Inés y yo estamos hablando todo *eso* y mucho más" (p. 493) responden afirmativamente al texto, en el cual se encuentra la referencia de las expresiones ejemplar-reflexivas²² (subrayadas en las citas) que cada uno contiene. Los ejemplares-

²²"En tanto tipos (los ejemplar-reflexivos) (...) no tienen un sentido determinado (...) Las expresiones cuyo sentido incluye una referencia al ejemplar particular que los encarna, son, por lo tanto, tales que el sentido de cada uno de sus ejemplares envuelve una referencia al propio ejemplar, y por esto es que puede denominárselas "expresiones ejemplar-reflexivas".

"Un ejemplar de una expresión ejemplar-reflexiva, a partir del hecho que constituye su enunciación, hecho que él refleja, por su sentido, nos conduce en consecuencia a tomar en consideración no sólo este hecho sino además el hecho de la enunciación de la oración y los hechos que por pertenecer al mismo marco espacio temporal están ligados a él. Las palabras ejemplar-reflexivas al presentarse como hechos nos ponen en contacto con el mundo de los hechos y a través de esto accedemos a su referencia".

Francois Recanati, "La transparencia y la enunciación", Buenos Aires, Librería Hachette, 1981, pp. 137 y 139.

reflexivos señalan, por supuesto, el carácter también reflexivo de estas afirmaciones²³.

Estos dos últimos títulos, junto al que dice "Enormes deseos de vivir" (ya citado), se suceden en estricto orden, constituyendo una instancia dialógica que anuncia aquella configuración textual que presentará la mayor libertad de la escritura en todo el texto: "El vía crucis rectal de Martín Romaña".

"El vía crucis rectal de Martín Romaña", "escritura en libertad", se extiende a lo largo de setenta páginas (es el capítulo más extenso); sin embargo con "Breve paréntesis sobre las cápsulas del señor Romaña" (título que tiene su referente en la última frase del "Vía crucis...") (p. 606) se produce una pausa (textual) cuyo texto es afirmado por el ya mencionado título "Allá abajo en el Sena" (p.608), pero éste resulta ser la última imposición textual, ya que lo que se refiere en este apartado (continuación del "vía crucis...") se interrumpe bruscamente por la aparición de Martín Romaña autor-narrador, que ha decidido firmemente concluir su historia, así, luego que Inés y Martín se despiden del doctor Raset el narrador señala: "*Esto último* fue más o menos lo que le pasó (a Inés) conmigo en el aeropuerto de París" (p. 608). Desde ese momento Martín Romaña recupera absolutamente el control del texto.

2. AUTORREFLEXIVIDAD DEL TEXTO DE "LA VIDA EXAGERADA DE MARTIN ROMAÑA"

Pensamos que una excelente definición del concepto de autorreflexividad es el entregado por la profesora Carmen Foxley: "...la autorreflexividad implica que el lenguaje indique al lenguaje, se señale a sí mismo, y en este ademán se torne opaco, dejando operar la transparencia representativa y no impidiendo la directa designación de lo representado"²⁴⁻²⁵.

El texto autorreflexivo, por tanto, se muestra a sí mismo como lenguaje, constituye su propio referente sin dejar de referir también a aquel contenido que se vehiculiza a través suyo.

Creemos que con todo lo señalado respecto de las instancias dialógicas configuradas en el medio de expresión no cabe duda respecto de la autorreflexividad del

Son ejemplar-reflexivos los pronombres personales, los adverbios temporales y de lugar, los tiempos verbales, los modales, los *demonstrativos* y los *nombres propios*.

Respecto de los nombres propios se dice que actúan como un demostrativo cuando previamente se ha identificado o definido a quien lleva ese nombre. Por ejemplo, si Juan ha sido definido como "el hermano de María", bastará luego que se nombre a Juan para saber que se trata del hermano de María. (véase Recanati, op. cit., pp. 144-145). Esto nos autoriza a considerar los títulos de los apartados como ejemplar-reflexivos, ya que constituyen nombres de tales apartados y remiten reflexivamente a su referencia en el texto.

²³A esta altura de la exposición creemos que ya no puede haber duda acerca de la pertenencia de los títulos al estrato propiamente textual, ya que no hacen sino reflejar el texto; son generados desde él y no por acción directa del enunciante (dentro, lógicamente, del marco conceptual que nos hemos fijado).

²⁴Carmen Foxley, "La propuesta autorreflexiva de Anteparaíso", en "Revista Chilena de Literatura" N° 24, Santiago, 1984, pp. 83-101, p. 86.

²⁵Para mayor información acerca del concepto de autorreflexividad, véase Recanati, op. cit., principalmente pp. 75-162.

texto de "La vida...", de partida el solo hecho de poder distinguirlas es clara prueba de autorreflexividad.

No deseamos insistir en lo que ya hemos señalado en relación con estas instancias dialógicas, por lo que nos contentaremos con recoger, conclusivamente, los elementos que nos han permitido determinar la autorreflexividad del texto que nos ocupa: aquellos títulos que correspondiendo idénticamente a los últimos enunciados de los apartados que los preceden, a la vez que responden afirmativamente al texto, lo reflejan; estos mismos títulos, en tanto nombres de apartados, constituidos en ejemplar-reflexivos, y aquellos que no siendo exacto reflejo de últimos enunciados de apartados, reconocen en éstos su referente.

CONCLUSION

Habiendo comprobado nuestras hipótesis nos encontramos en condiciones de interpretar el sentido al que nos permiten acceder.

Martín Romaña desea *hacer literatura y ser personaje de ficción*. Desde ambas perspectivas la literatura le permite cambiar de situación respecto del presente en que se encuentra ("...esta escritura en mi cuaderno azul *me devuelve la vida por momentos*, y ya habrán notado que también por momentos me hace matarme de risa, aunque todo esté determinado a que yo termine, (...) en el aeropuerto, con el orgullo y el nudo de la corbata por los suelos..." (260); "Y hoy recuerdo a tantas personas a las que he hecho reír con esta anécdota. Y esta tarde la escribo y *me río mientras la escribo. Me río alegre y tiernamente a la vez. Ah, la literatura en mi vida, ¡por fin!*" (471-472); "...voy a defenderme solo, porque solo me he mandado ya casi todo este cuaderno, y porque bien metido en él, aquí, hoy, en mi sillón Voltaire, *me veo completamente personaje*, y a punto de entrar en un episodio que se me acerca *literario y divertido*. Adivinen quién puede más, ¿el tiempo o la ficción?" (488) De ahí que a nivel del contenido su discurso se encuentre marcado por las intenciones ilocucionarias "justificarse", "confesarse" y "disculpase", que apuntan a la reparación de supuestos errores cometidos en el pasado.

Por otro lado, a nivel de expresión, el texto, vehículo del contenido, se afirma a sí mismo por medio de la autorreflexión.

Nos encontramos, entonces, con que la afirmación del texto se contrapone a las intenciones ilocucionarias del contenido, que son peticiones cuya aceptación o denegación apuntan a un juicio extratextual (es el lector empírico el que finalmente juzga a Martín Romaña).

Sin embargo, el texto al afirmarse a sí mismo está afirmando también los descargos que Romaña realiza por su medio; se constituye así en respuesta afirmativa a las peticiones del contenido y, a la vez, se presenta al lector empírico como un texto concebido en una verdadera "lucha poética".

Al lado de la narración de la vida exagerada de Martín Romaña está la mostración del proceso de instauración de la escritura como obra poética (la lucha del poeta por dominar su material: el lenguaje). Y es este carácter de obra poética el que finalmente trasciende por sobre las contingencias concretas (reflejadas en la historia narrada) que pudieron determinar su escritura, de ahí el privilegio que, a nivel del contenido, se otorga al acto de escribir. El carácter testimonial del discurso de Romaña termina siendo un "pretexto" para la instauración de la obra poética (literaria) que es, efectivamente, su novela (y ésta, la de Bryce).